

Jesucristo: señor de la cultura

Alberto F. Roldán

Introducción

“Creo en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”. Esta es la afirmación que los cristianos hacemos en el Credo Apostólico. Se trata de una afirmación contundente, que debemos entender a partir de una crítica al gnosticismo. Qué es el gnosticismo y qué influencia ha ejercido en el cristianismo? La palabra viene del vocablo griego *gnosis*, que significa “conocimiento”. Los gnósticos decían que esa *gnosis* no era para cualquiera. Era sólo reservada para algunos elegidos y capaces de conocer ciertos misterios.

Una de las enseñanzas fundamentales del gnosticismo radicaba en negar que el mundo fue creación de Dios. Como bien describe Jorge Luis Borges en su cuento “Tres versiones de Judas”, “Basílides publicaba que el cosmos era una temeraria y malvada improvisación de ángeles deficientes”.¹ Cuando los cristianos afirmaban “Creo en Dios Todopoderoso, Señor del cielo y de la tierra”, estaban criticando esta postura gnóstica y, al mismo tiempo, declarando que Dios es Creador no sólo de “lo espiritual” sino también de lo material, de lo carnal, de todas las cosas.

Hoy queremos reflexionar sobre Jesucristo. Pero no sobre él como simplemente Salvador, ni tampoco como solamente Señor de lo espiritual, o de la Iglesia. Todo eso ya lo sabemos. Creemos necesario afirmar que *Jesucristo es señor de la cultura*.

Antes de ir a los pasajes bíblicos que nos servirán de guía, debemos definir lo que entendemos por “cultura”. En la obra *Evangelio y antievangelio* definimos la cultura en los siguientes términos: “Se refiere a todo un conjunto de valores y costumbres que el hombre en sociedad elabora, crea, aplica y luego transmite a las generaciones futuras. La cultura se refiere a modos de comunicación, formas de vestir, estilos de vida, etc.”² Hablamos de cultura indígena, cultura precolombina, cultura anglosajona, cultura hispana, cultura latinoamericana, cultura afro-brasileña, etc. Existen pluralidad de culturas así como existen mezclas de culturas en nuestro mundo globalizado, mezclas que el investigador argentino García Canclini denomina “culturas híbridas”.

Muchos preguntarán: ¿qué tiene que ver todo esto con el Evangelio? ¿Qué tiene que ver con la vida cristiana? ¿Tendrá algo que ver con el Espíritu Santo y con el propósito de Dios? A partir de los contenidos de 1 Corintios 3.18-19, 5.9-11; 9.19-27 podemos afirmar:

¹ Jorge Luis Borges, “Tres versiones de Judas”, en *Ficciones*, Madrid: Alianza Editorial, 1999, p. 184.

² Alberto F. Roldán, *Evangelio y antievangelio*, México: Kyrios, 1993, p. 38.

EL SEÑORIO DE JESUCRISTO SOBRE LA CULTURA EXIGE NUESTRA LIBERTAD, NUESTRA ENCARNACIÓN Y NUESTRA ACCION

1. EL SEÑORIO DE JESUCRISTO SOBRE LA CULTURA EXIGE NUESTRA LIBERTAD

1.1. Libertad para aceptar el mundo como una creación de Dios.

Pablo afirma a los cristianos de Corinto: “todo es vuestro”. Parece que ellos no estaban convencidos de que el mundo con su sabiduría, su arte, su música, su poesía, su filosofía perteneciera a ellos. Pero ese espíritu de rechazo del mundo, un intento por “salir del mundo” –lo cual para Pablo es algo imposible- no era patrimonio de los corintos. También hoy muchos cristianos creen que son más espirituales, huyendo del mundo, de lo mundano, entendido como que todo lo que tiene que ver con la cultura del mundo no nos perteneciera. Comentando este texto de 1 Corintios 3, decía Paul Tillich:

El mundo entero es vuestro, nos dice, la vida entera, tanto la presente como la futura, os pertenece y no tan sólo algunas partes de ella. Tales palabras revisten una importancia excepcional y se refieren al conocimiento científico junto con la pasión que suscita, a la belleza artística junto con la emoción que desvela, a la política, junto con el ejercicio del poder que implica, a la comida y la bebida junto con la alegría que nos procuran, al amor sexual y sus éxtasis, a la vida familiar con la ternura, la amistad y la intimidad que en ella se dan, a la justicia con su caridad, a la naturaleza con su poder y al sosiego que nos depara, al mundo que el hombre ha construido sobre la naturaleza, al mundo técnico con toda la fascinación que ejerce, a la filosofía con su humildad –en cuanto sólo se atreve a considerarse como amor a la sabiduría- y su profundidad –en cuanto se arriesga a plantear las cuestiones últimas. En todas estas cosas se precisa la sabiduría de este mundo y el poder de este mundo –y todas estas cosas son nuestras. Nos pertenecen, y nosotros pertenecemos a ellas; las creamos nosotros, pero ellas son las que nos llevan a nuestra realización plenaria.³

1.2. Libertad para servir a nuestra propia cultura.

Pablo dice que es libre de todos y que, precisamente por ser libre de todos se hace siervo de todos para ganar a algunos para el Evangelio. Esto significa que, usando nuestra libertad, debemos estar dispuestos a servir a nuestra cultura. Hay un momento en el discurso de Pablo en Arnó en J de Pisidia, donde resumiendo la vida de David, dice: “Ciertamente, David, después de servir a su propia generación” (Hc” (Jn. 1). Esto significa que David sirvió a su pueblo, a su gente, a su cultura. Sólo cuando somos libres en Cristo y cuando nos arriesgamos a usar nuestra libertad, entonces podemos convertirnos en siervos de nuestra cultura, para leer nuestra cultura, asimilar nuestra cultura, reivindicar nuestra cultura y transformarla para la gloria de Jesucristo.

³ Paul Tillich, *El Nuevo Ser*, trad. Damián Sánchez-Bustamante Páez, Barcelona: Libros del Nopal, 1973, p. 136.

2. EL SEÑORIO DE JESUCRISTO SOBRE LA CULTURA EXIGE NUESTRA ENCARNACIÓN.

2.1. La encarnación es una de las doctrinas más importantes del Cristianismo.

La encarnación de Dios en Jesucristo representa el gran escándalo del Evangelio para el mundo del primer siglo. El mundo donde acontece el Evangelio, el mundo donde irrumpe Jesús de Nazaret, como el Cristo, el Ungido de Dios, era un mundo greco-romano, dominado por las ideas helénicas en las cuales Dios era considerado espíritu puro, la materia era mala, y por lo tanto, Dios jamás podría tomar contacto con la materia y menos encarnarse en un cuerpo humano real. Por eso es que surgen movimientos heréticos como el *docetismo*, para el cual Jesús sólo se parecía a un ser humano, pero no lo era en realidad, porque su cuerpo era una especie de fantasma que se parecía a un ser humano, pero sólo era una imitación.

Juan el evangelista, proclama sin ambages: “La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”. (Jn. 1.14 traducción personal). La encarnación de Dios representó un verdadero escándalo para los griegos, como dice William Davies: “era el círculo cuadrado”. Para que no quedaran dudas, Juan dice abiertamente que aquel que es llamado “la Palabra”, el Logos, era Dios y se hizo carne en Jesús de Nazaret, para habitar entre nosotros, vivir nuestra vida, sufrir nuestra muerte, experimentar todas las experiencias humanas, pero sin pecar.

2.2. La encarnación es el gran modelo de vida para los cristianos.

Si Dios se encarnó en Jesús, ahora el desafío de los cristianos consiste en nuestra propia encarnación. Así como Jesús “vino a su propio pueblo” (Jn. 1.11), para vivir como judío, ajustándose al modo de vida de Palestina, aceptando las costumbres de su pueblo, así también el gran desafío consiste en hacernos a nuestra propia cultura, en nuestro caso, latinoamericana, más precisamente sudamericana y más específicamente aún, Argentina.

Pablo también fue un ejemplo de encarnación en la cultura. En él vemos un hombre que dominaba varios idiomas (hebreo y griego por ejemplo), que leía los poetas y filósofos griegos, que se informaba de lo que acontecía en las olimpiadas, de las cuales extrae lecciones para la vida cristiana, como las que encontramos al final de 1 Corintios 9 donde hace referencia a los que corren en el estadio como al pugilato, una forma acaso más primitiva del actual boxeo, incluyendo el *shadow boxing*, “hacer sombra”, que es parte de la gimnasia de un boxeador.

2.3. La encarnación en nuestra cultura implica, concretamente:

La lectura de nuestra historia, de nuestros poetas, de nuestros novelistas latinoamericanos, para encontrar en ellos puentes de contacto con la cultura y con la teología que, ciertamente, está mucho más cerca de nosotros que lo que pensamos. ¿De qué manera podremos establecer un puente de diálogo con la gente de hoy, si no hablamos su idioma, si no nos interesamos por sus temas de preocupación, si no “leemos la realidad” a partir de la literatura, el teatro o el cine? Sólo por dar un ejemplo, recientemente leí la novela del chileno Hernán Rivera Letelier, que representa un caso insólito e interesante: Letelier es un minero del norte de Chile, de Antofagasta. En su segunda novela, trabaja el tema de una familia, más precisamente de un adolescente,

pero todo ambientado en el contexto religioso pentecostal de Chile. Es la primera vez que como tema central de una novela gira en torno a una familia evangélica, y más precisamente, pentecostal, más allá de que el fallecido Osvaldo Soriano, en su acaso última novela *El ojo de la patria* ubicaba a un famoso pastor argentino, bajo seudónimo, dentro de su narrativa. Esto son sólo ejemplos de la importancia que va teniendo la religión dentro de nuestra cultura y, estoy seguro, debiéramos interesarnos por ello como forma de nuestra encarnación en tiempo y espacio, es decir, en cultura latinoamericana.

3. EL SEÑORIO DE JESUCRISTO SOBRE LA CULTURA EXIGE NUESTRA ACCION.

3.1. La acción debe darse en los distintos órdenes o mandatos dados por Dios.

Hay teólogos que hablan de “órdenes de la creación” y otros que se refieren a “mandatos divinos”, pero en todo caso se refieren a lo mismo, es decir, a los ámbitos en los cuales debe concretarse la voluntad de Dios. Emil Brunner, por ejemplo, se refería a cinco órdenes: 1. Matrimonio y familia, 2. El trabajo, 3. El Estado, 4. La cultura y 5. La Iglesia. Dietrich Bonhoeffer hizo famosos “los cuatro mandatos”. Dios es creador de cuatro esferas: 1. la familia, 2. El trabajo, 3. El Estado, 4. La Iglesia. Algunas lecciones que nos deja este enfoque:

- a. Todos esos órdenes o esferas han sido creadas por Dios. No debemos rechazar ninguna de ellas.
- b. Ninguna de esas esferas debe anular a la otra. A veces, los evangélicos tenemos la tendencia tan eclesiocéntrica, que pareciera que fuera lo único que interesara al Dios Creador. Pero si El es Creador, no sólo de la Iglesia, sino también de la familia, del trabajo y del Estado, entonces, su interés va más allá de nuestra comunidad de fe.

3.2. Debemos actuar con los valores del Reino de Dios, en nuestros ámbitos en los cuales Dios nos ha colocado para ser testigos de Jesucristo Señor.

Aquí, me voy a tomar la libertad de citar de mi libro *Señor total* unos conceptos que resumen lo que deseo expresar:

En consecuencia, como cristianos somos invitados por el Dios Creador para disfrutar de las buenas cosas que él ha hecho y, también, de las cosas buenas que el hombre desarrolla como portador de la imagen de Dios. El hijo de Dios ha sido “redimido para lo humano”. El cristiano está llamado a disfrutar de todo aquello que es bueno y utilizarlo para la gloria de Dios. Aquí entran en juego realidades tan dispares como la música, la literatura, la poesía, la educación y todo aquello que sea propio de la cultura humana. Por supuesto, no somos ajenos al hecho de que muchas de esas realidades han sido afectadas por el pecado, pero ese dato no nos debe conducir a una actitud reaccionaria, propia de los anacoretas de la Edad Media que se aislaban de la sociedad. Además, la inserción de los cristianos en la cultura, es una forma concreta de influir en ella con los valores del Evangelio.⁴

⁴ Alberto F. Roldán, *Señor total*, Buenos Aires: Publicaciones Alianza, 1998, p. 147.

Conclusión:

Cuando hablamos del señorío de Jesucristo en la Iglesia, en el cristiano, en la familia, todo es claro y aceptable. Todos sabemos de qué estamos hablando y hay un consenso bien generalizado de que todo eso es cierto y verdadero. Pero apenas formulamos la idea de que JESUCRISTO ES SEÑOR DE LA CULTURA, pareciera que ya la cosa no es tan clara, tan bíblica, tan cristiana. Hoy, el Señor nos ha permitido reflexionar sobre el tema para ver que

EL SEÑORIO DE JESUCRISTO SOBRE LA CULTURA EXIGE NUESTRA LIBERTAD, NUESTRA ENCARNACIÓN Y NUESTRA ACCION.

Quisiera terminar con las palabras de Paul Tillich, uno de los teólogos y pensadores cristianos de este siglo, que tenía más claro en su mente y acción la necesidad de la fe cristiana en la cultura. “una teología de la cultura” fue siempre su búsqueda y aspiración. Decía:

El coraje con que Pablo afirma todo cuanto se nos ha dado, su abertura al mundo, su señorío frente a la vida, tendrían que avergonzarnos a cada uno de nosotros lo mismo que a todas nuestras Iglesias. Porque nosotros tenemos miedo de aceptar lo que nos es dado, nos apartamos neuróticamente de nuestro mundo, intentamos rehuir la vida en lugar de dominarla. No nos comportamos como si todo fuese nuestro. Y las Iglesias hacen lo mismo e incluso menos que nosotros. La razón de tal conducta estriba en que ni nosotros ni nuestras Iglesias sabemos, como b hacía Pablo, lo que significa ser de Cristo y, por ser de Cristo, ser de Dios.⁵

© 2000 Alberto F. Roldán
Ramos mejía, 3 de enero de 2000

⁵ *Op. Cit.*, p. 137.